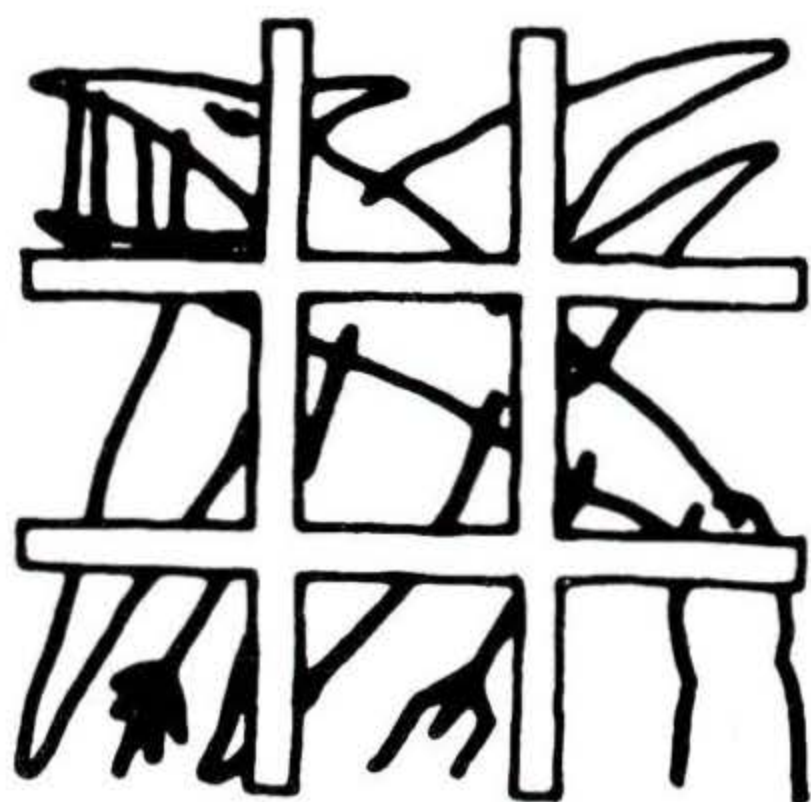


"El hecho de captar claramente la comedia no altera el asunto. Las escapatorias (la humildad, la muerte para sí mismo, la creencia en el poder de la razón) no son sino otras tantas vías por las que aún nos hundimos más" (*La experiencia interior*, Taurus, pág. 100).

No hay, pues, desgarraduras en esta poesía. Ningún grito que delate la presencia de una mujer, ni el lloriqueo que en mucha de nuestra escritura viene precedido de derrotas y autoflagelaciones. Esta poesía trabaja sobre la trama de una nobleza interior. Sobre la trama de su propia levedad. Tejido lento de observaciones y sensaciones. Detalles para la memoria de los amigos, de la madre, de los hijos. Evocación del mundo en una ciudad europea, fría, bella, lenta ella misma. Concentración de la poesía que fluye, gráficamente, en pequeñas dosis, en poemas muy cortos muchas veces. O poemas largos que no buscan, en todo caso, nombrar demasiadas cosas, sino merodear una sola, puliéndola. Las palabras en este libro tienen un sensible eco de soledad. He dicho que un cálido sol amoroso baña estas páginas. Ahora digo que ese amor no está exento de su soledad, la que le corresponde en su estatura. Ella aparece como una presencia tenue, no disimulada, sino sutil.

La imagen se hace fuerte, transita con libertad pero también con firmeza: "He llegado inconclusa/ la hora de la rima/ mi cayado sin pastos/ mis ovejas sin ojos y tres patas/ y yo no sé ni aprendo a tocar/ flauta/ pero yo fui enseñada/ también para añorar el terciopelo/ desde mi burda cárcel/ de otomana" (He llegado, *Medias nonas*, pág. 81).

Amor y soledad estrechados en el campo (¿ilimitado?) del poema. Allí



sobrevuelan las imágenes que configuran el espacio de cielos posibles. Aunque ellos contengan la derrota del olvido, de la ausencia, del dolor, que toman de la mano a la palabra: "Me encontrará algún día el amor/ aquí/ plegada como una silla sin usar?/ Yo parezco siempre/ estar hallándolo/ y perdiéndolo" (Plegable, *Medias nonas*, pág. 73).

Esta poesía, no cabe duda, se complace largamente en su gusto por la imagen. Desde muy breves descripciones de una sola puntada, que nos entregan la ruptura de un amor: "Lo último/ que vio el dolor/ fue su camisa amarilla que se alejaba" (Lo último, *Medias nonas*, pág. 35).

Hasta los poemas largos (muy pocos), donde las imágenes se suceden, se deslizan, acariciando apenas la página en blanco: "No soy tan importante/sin embargo/ así y todo/ soy el centro del universo/ su sexta dimensión/ me has recorrido en los pasillos de los hospitales/ y he estado contigo entre la noche que nunca/ se anota en las luces de un bar/ la mano de la mesa sosteniéndote/ hemos estado tambaleantes en la radiopatrulla así/ como debajo/ de la bota/ de aquellos a quienes más les valiera sentir/ vergüenza/ escondida en el botón más tierno de un ramillete de novia/ parte soy de la rosa/ que apenas/ se abre/ como una promesa recién hecha/ y me visitan en las prisiones/ en los teatros cuando termina la función y entran/ los barrenderos/ y en el cuarto desnudo donde se encierra a las/ siete la soledad de la monja/ donde el silencio se suelta la cofia y caen/ abatidas las cuentas de su rosario/ sobre la mesa/ yo duelo por el hombre que recuerda/ la fecha cuando ingresó a la fábrica nueve meses/ atrás/ y duelo por la herida/ por donde lentamente se desangra y no nota/ estoy en la canción que salta entre las ramas/ en el último estuche de la muerte/ yo soy/ la poesía/ pero cómo decirlo si siempre he sido muda" (No soy tan importante, *Medias nonas*, págs. 127-128).

En los poemas de *Medias nonas* (y en la escritura de Anabel Torres) uno comprueba el destino que Octavio Paz sentenció a la poesía: "Un poema no tiene más sentido que sus imágenes". Ellas son, en verdad, su sustancia primordial. Ellas hablan y "explican" por sí mismas la viva materia que señalan. Por eso en el poema no cabe preguntarse por el sentido del discurso, por la autenticidad de la historia. Las imágenes son su realidad. La poesía es muda, como en el poema que

acabo de citar. Y esto lo puede decir, con imágenes, la poesía misma.

Esas imágenes, en su sentido último, nos muestran que todo (el universo) es silencio.

Este libro, en muchas ocasiones, es un grito, un reclamo, una increpación, pero sin renunciar jamás a la dignidad que el silencio confiere a la poesía. El silencio que hace sombra a la palabra y la esclarece, la limpia de las polillas de la retórica. *Medias nonas* es un paseo, lento, por muchos lugares, por muchos rostros, por las historias nunca repetidas de la larga experiencia de un poeta en su madura soledad.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

El deber de ser morales y profundos, atroces y simbólicos

Concurso anual de cuento 1987-1988

Universidad de Antioquia

Universidad de Antioquia, Medellín, 1989, 131 págs.

¿Qué fue de aquellos jóvenes escritores? En el desorden de una mudanza me saltan a la mano los cuentos que escribieron uno, dos años antes que la Universidad de Antioquia los premiara y publicara. Han pasado cuatro años ya, y en ninguna parte escucho sus nombres, y es obvio que el concurso no cumplió su promesa de descubrir, de honrar, como dice el prologuista, a los "escritores que se inician" (pág. 9).

Pero a un concurso no se le puede exigir esa promesa. Un concurso no tiene el deber de descubrir talentos ni de consagrarlos; basta con que despierte el entusiasmo literario un día, con que promueva ese mismo día la fraternidad de una institución con sus asociados. Y cuando se entiende que el concurso literario no es sino un evento más en la política de buena voluntad de una institución, un económico mecenazgo con que la institución publicita su propia imagen, pasa entonces a segundo plano la cuestión acerca del valor literario o de la trascendencia de los cuentos que concursan.

Hace ya varios años, escuché a un escritor lamentarse de su oficio como jurado-lector en los concursos literarios. Decía que de nada valía pasar de un concurso de cuentos en Barranquilla a un concurso de cuentos en Cali: había cuentos que le seguían los pasos, que viajaban de concurso en concurso persiguiendo un momento de gloria. A primera vista, la experiencia de aquel jurado-lector parece más convincente que la opinión del prologuista, cuando afirma que "[contra] lo que suele creerse, un concurso de cuento no mueve a la gente a escribir para ganarlo [...] Los concursos destacan sí [...] a quienes han venido cumpliendo una labor callada y han logrado merecimientos en ella" (pág. 8).

Tanto el escritor como el prologuista tienen su parte de verdad: hay cuentistas que escriben para ganar un concurso, hay concursos que ofrecen una oportunidad de reconocimiento a un cuentista. Este es el caso de Gustavo Alonso Henao Chica, estudiante en ese entonces de la facultad de Educación y quien participó en el concurso de 1987 con cuatro cuentos; tres fueron finalistas y uno mereció el primer premio: *Es hasta el poste, mamá*. También puede ser el caso del joven Gildardo Castaño Duque, ganador en el concurso del año siguiente con el cuento *Por fortuna te has muerto, mamá*.

Resulta imposible no sonreír ante la ingenuidad de esos títulos que interpelan dos veces a la "mamá". Después de todo, ¿quiénes son estos jóvenes que escriben?, ¿por qué escriben? Sus historias refieren un reclamo, una rebeldía contra ciertas figuras de autoridad: la historia de la muchacha que sale a la calle en busca de su amante pero se detiene al llegar al poste, la del niño a quienes sus padres no escuchan y dejan solo, la de los gatos amantes condenados por una anciana enajenada, la de la niña que no entiende por qué los adultos se comen a los conejos.

Al tiempo que lamentan una represión, estos jóvenes parecen exigir de sus mayores una confirmación, una legitimación de sus historias. Suponen que la mejor historia es aquella que logra conmover al lector (al jurado-lector), y queriendo ganar su simpatía y quizá su admiración, se proponen obedecer en pocas páginas alguna regla de la preceptiva literaria. Se imponen el deber de ser simbólicos y entonces un poste señala un límite al deseo; el deber de ser morales y

profundos, y entonces un niño declara su amor de niño por una loca; el deber de ser atroces, y entonces un Pedro N. dispara a boca de jarro contra un Mario; y siempre siempre la tarea de conmover al lector, de tal manera que un cuento concluya cuando "[una] lágrima sale de los ojos silenciosos de José" (pág. 47), y otro cuando la niña que entierra a su conejo observa en ese instante que "una nube gris [cruza] el firmamento..." (pág. 98).

Abundar en estos gestos desmesurados no es justo. Baste saber que existen y que son fruto de un entusiasmo que no gobierna todavía la economía de la expresión. Para el joven, escribir es una tarea urgente y trascendental que no se detiene en matices, que no empaña su transparencia con la ironía, que no se compromete con esas "trivialidades desbordantes de interés" de que habla Teresa de la Parra en sus *Memorias de Mamá Blanca*. Por razones que la literatura no comprende y que caracterizan a estos eventos en los que ella es un pretexto, hubiese sido una afrenta declarar el concurso desierto.

J. EDUARDO JARAMILLO-ZULUAGA

¿Divagar por la piel de la escritura?

Así hablaba Sara, y otras máscaras demasiado humanas

Alejandra Sánchez

Santafé de Bogotá, 1992, 83 págs.

Componen este libro diez textos cortos. Son búsquedas que quieren penetrar en lo simple o en lo insondable de diferentes maneras. Los temas que ocupa la voz de Alejandra Sánchez son: la sinsalida, la oscuridad, la vida, la sociedad, la pareja, el amor, el sexo, el miedo. Extraña literatura, así como los títulos. Uno en latín, *Lapsus calami*, otros sugestivos, *A la mañana siguiente tomé el veneno* o *Calíope o un monólogo para sordos*. El título escogido *Así hablaba Sara, y otras máscaras demasiado humanas*, retrata la manera como la autora expresa en estas páginas su turbulencia interna.

En la contracubierta nos ofrecen una literatura diferente y nos invitan a "dejar-nos seducir por esos sueños y divagar por la piel de la escritura". Por la piel de la escritura vagué, y no sólo por allí, también por entre la sangre erré. Una vez terminada la lectura, sólo me invadían sensaciones. "Partamos de la regla de que al arte no se lo analiza. El arte se hace vivencia en cada individuo-receptor. Es de esta manera como se vive la lectura de estos textos". Esto nos dice, también, la contracubierta. Difícil tarea la de reseñar este libro, donde se cita a Joyce, donde se encuentra esa manera de escoger el vocabulario que ha de expresar, donde la limitación se expande, donde a veces la fuerza se oculta en el lenguaje. Un acto de fe me anima. Me lo presentan como una obra de arte.



Las palabras son para jugar. Es un juego peligroso cuando no dicen lo indispensable sino que, por el contrario, hablan de todo lo otro y aún así, en la ausencia, tampoco alumbran lo esencial. Esto se puede decir de algunas de estas prosas poéticas, como *Eclipse rojo*. Unas son narraciones de episodios como el encuentro de Castor con su miedo: *Castor y su miedo a que se haga de noche*. Otras son simplemente una sucesión de imágenes, o de frases, o de palabras, como en *Camino a El Cairo*. Escasas dos páginas de frases cortas, de imágenes, una tras otra, hasta hacernos sentir su camino a El Cairo. "La piel enredada. Voy junto al río, siguiendo el rayo que cubre series desérticas. Huellas de polvo, de greda agrietada. El tiempo señalado por mujeres de velo enlutado, plañideras